

Augusto D'Halm

Melfi y los otros y nosotros

Morir es una lección que no se enseña y que no se aprende ¡ay! de una vez por todas.

Vivimos no desaprensivamente puesto que la subconciencia hace contrapunto a nuestros actos, mas estos son fútiles y, sin embargo, les asignamos decisiva importancia hasta que cierto día entre los días pero también único entre todos los días, un dedo invisible toca en la frente a uno de nosotros y lo señala. Entonces sobreviene en él una comprensión extraña y aún los demás piensan cosas que sabían sin saberlo y atisban ese círculo donde el Dante condenaba a aquellos que lloraron pudiendo haber reído.

Domingo Melfi era amable en la acepción convencional y en la de ser digno de amor, cuya es la verdadera, ya que hasta las más fáciles palabras tienen un hondo y doble sentido oculto. Así, fué amado entre los suyos y en esa extensión familiar que nuestros amigos constituyen. Pero su pálido destino proyectaba sobre él una melancolía lunar. Sigo oyendo en tono de

violoncello su voz que ningún oído volverá a percibir, retenida y evocada por nuestra memoria auditiva como por un ensalmo. Sigo viendo sus ojos, cerrados ya a toda claridad y a toda tiniebla, y su mirada que provenía de no sé qué penumbra. Su frente preñada de ideas que con él murieron sin haber nacido. Sigo considerando el enigma de cada hombre, que ninguno ni nadie logra descifrar, siendo la vida una cifra sólo combinable con la muerte.

Entretanto la reducida caravana de esta generación de escritores, hace un alto en el desierto sin fin y agrúpanse desolada y desconsolada en torno del caído: Domingo Melfi; de los caídos en breves días: Armando Donoso y Januario Espinosa. Sus claros y preclaros nombres sonaban junto con los nuestros y en conjunto con los nuestros resonarán hacia ese incierto mañana donde tal vez no tengan eco y donde seguramente ha de desvanecerse hasta la sombra de nuestra borrosa imagen.

Dichato, febrero de 1946.